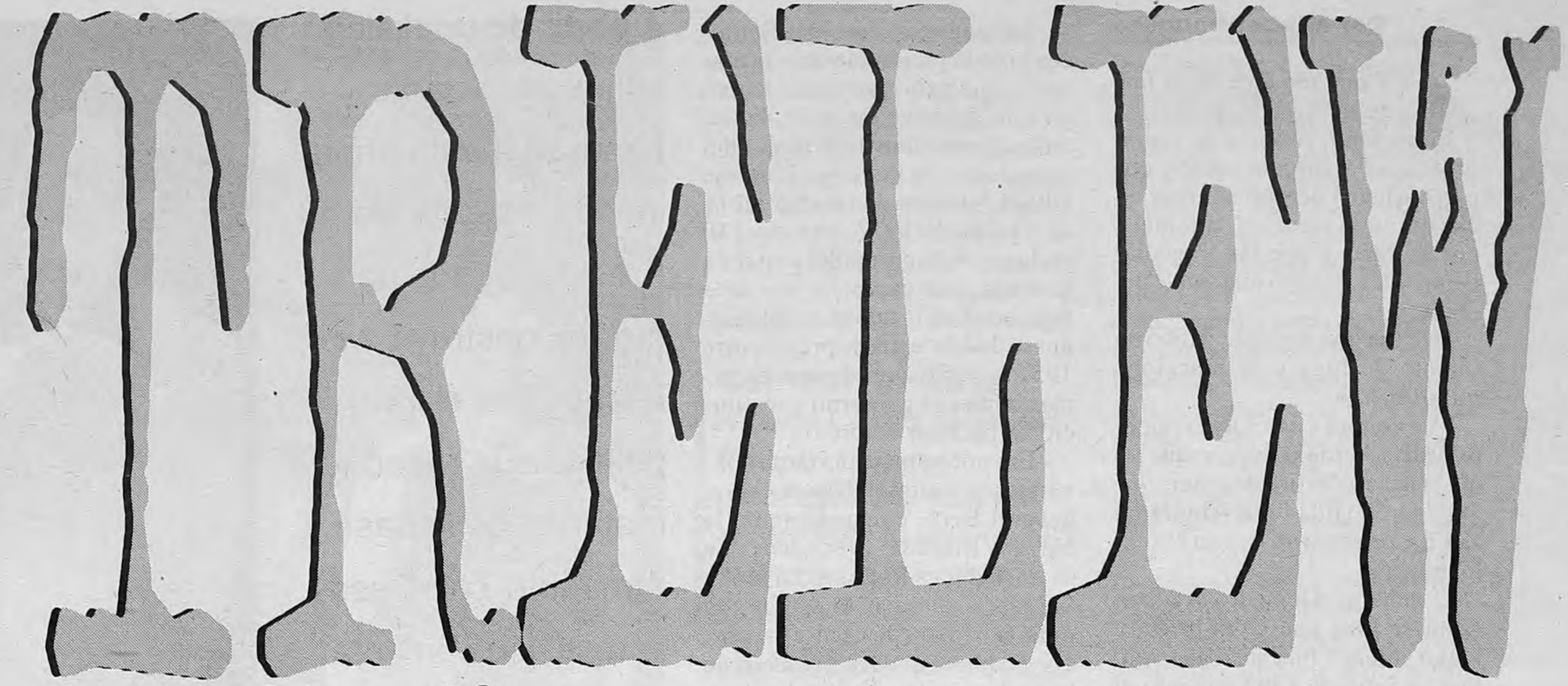
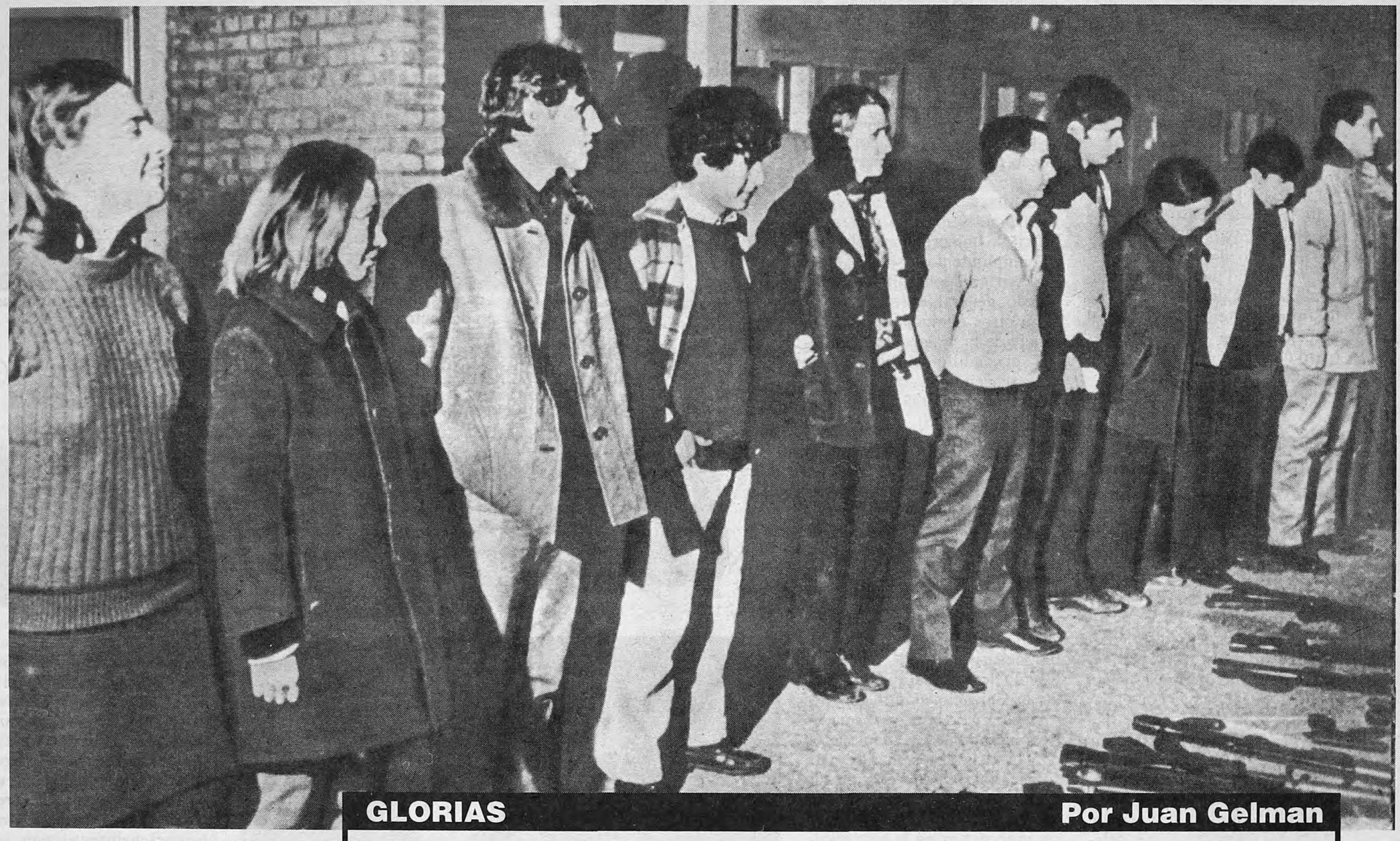


A 25 AÑOS DE LA MASACRE

Argentina ya estaba acostumbrada a la violencia que acompañó toda su historia política contemporánea, pero todavía no conocía el horror del genocidio. El 22 de agosto de 1972 tuvo su adelanto: la Armada fusiló a sangre fría a los 19 guerrilleros que habían escapado del penal de Rawson y no alcanzaron el avión con que escaparon a Chile



otros seis jefes fugados. Murieron 16 y los tres sobrevivientes consiguieron relatar lo ocurrido. Miguel Bonasso describe en estas páginas la tragedia de esos días; Elio Brat cuenta cómo vive hoy Trelew, el escenario de los hechos, y la mujer de uno de los fusilados reclama que, 25 años después, se esclarezca la verdad y el Estado asuma sus responsabilidades.

GLORIAS

Por Juan Gelman

¿era rubia la pulpera de Santa Lucía? ¿tenía los ojos celestes?
¿y cantaba como una calandria la pulpera?
¿reflejaban sus ojos la gloria del día?
¿era ella la gloria del día inmensa luz?

son preguntas inútiles para este invierno
no se las puede echar al fuego para que ardan
no sirven para calentarse en el país
no sirven para calentar al país helado de sangre

por una sábana de luz iría la pulpera santa de voz
graciosamente moviendo sus alrededores sus invitaciones
y el olor de sus pechos y la penumbra de sus pechos
hacían bajar el sol sobre la pampa bajaban a la noche como un
[telón

¿quién no se iba a perder en esa noche? ¿quién no se iba a
[encontrar allí mesmo pasando
su furia por la suavidad que la pulpera fundó?
horas se podría estar contando esta historia y otras parejamente
[tristes
sin calentar un solo gramo del país sin calentarle ningún pie

¿acaso no está corriendo la sangre de los 16 fusilados en
[Trelew?
por las calles de Trelew y demás calles del país ¿no está
[corriendo esa sangre?
¿hay algún sitio del país donde esa sangre no está corriendo
[ahora?

¿no están las sábanas pegajosas de sangre amantes?

¿y llena de sangre la pulpera y sus ojos celestes ahogados en
[sangre?
¿y la calandria hundida en sangre y la gloria del día
con las alas empapadas de sangre sin poder volar?
¿no hay sangre en la penumbra de tus pechos amada?

¿y dónde no la hay esa sangre caída de los 16 fusilados en
[Trelew?
¿y no habría que ir a buscarla?
¿y no se la habría de oír en lo que está diciendo o cantando?
¿no está esa sangre acaso diciendo o cantando?

¿y quién la va a velar? ¿quién hará el duelo de esa sangre?
¿quién le retira amor? ¿quién le da olvido?
¿no está ella como astro brillando amurada a la noche?
¿no suelta acaso resplandores de ejército mudo bajo la noche
[del país?

con sangre verdaderamente están regando el país ahora
oh amores 16 que todavía volarán aromando
la justicia por fin conseguida el trabajo furioso de la felicidad
oh sangre así caída condúcenos al triunfo

como calandria de sus pechos caía y
como sangre para apagar la muerte y
como sangre para apagar la noche y
como sol como día

Por Miguel Bonasso

–¿Y qué me dice de la masacre de Trelew, general?

El anciano, pecoso, de ojeras profundas y mirada astuta, que parecía haber perdido la arrogancia de otros tiempos, agobiado por la edad y por las tragedias personales, ensayó una suave defensa:

–No fue una masacre. Hubo un intento de fuga y se reaccionó militarmente...

–Yo conocí a una sobreviviente, María Antonia Berger, que tenía la marca del tiro de gracia que le pegaron en la base Almirante Zar. Le pegaron un tiro en el suelo, general.

El general Alejandro Agustín Lanusse hizo una larga pausa y luego intentó una justificación. Fue en julio de 1993, cuando el autor de esta nota realizaba una serie de entrevistas con miras al libro *El presidente que no fue*. Antes de comenzar la charla, que tuvo lugar en el departamento del antiguo presidente de facto, el cronista le advirtió que había sido jefe de prensa de Héctor Cámpora y había militado en esa JP de los setenta que lo tenía como su principal enemigo. El ex dictador asintió en silencio y aceptó el desafío.

–Prenda el grabador –dijo, con tono cansino.

Luego la charla discurrió, bastante serena, por los vericuetos de aquella coyuntura: aquel Perón proscrito al que Lanusse había provocado para que regresara al país tras diecisiete años de destierro; el temor del general golpista a que otros golpistas (pero de signo nacionalista y no "liberales" como él) que coqueteaban con el líder exiliado pudieran derrocarlo; las idas y vueltas de ciertos políticos y sindicalistas peronistas que presionaban al poder y negociaban con él bajo la mesa; la existencia de una "subversión" que potenciaba las puebladas que sucedieron al Cordobazo jugando a la reacción, también golpista, de los milicos de la línea dura y la designación de Héctor Cámpora como delegado de Perón en el país, que había "malogrado" la "buena relación política" alcanzada con su antecesor Jorge Daniel Paladino. Pero el rostro del anciano se ensombreció cuando el cronista le recordó que el método de desaparición de personas, que se masificó en el Proceso y que incluso se cobró a un amigo suyo (el ex secretario de prensa Edgardo Sajón) y a una sobrina, Elena Holmberg Lanusse, había comenzado en la penúltima dictadura militar, la de la Revolución Argentina, que lo tuvo como tercer presidente de facto. Que hubo tres episodios de secuestro durante su mandato: el de Luis Pujals y los de los matrimonios Verd y Maestre.

"Hubo fallas de conducción mías", admitió. Y luego trató de explicar que el secuestro y la desaparición en San Juan de Marcelo Aburnio Verd y su esposa había sido un desborde "del aparato" desplegado "frente a la subversión". "Mantengo relación con el padre de Verd. Nos escribimos", agregó a modo de excusa, todavía más cansado. Entonces vino la pregunta sobre la masacre, que para el cronista marcó un hito decisivo en la implantación (cuatro años más tarde) del terrorismo de Estado. Lanusse volvió entonces a la noche del 16 de agosto de 1972, cuando 110 reclusos se fugaron del penal de Rawson, esa cárcel de máxima seguridad en la que el propio Lanusse había estado preso entre 1951 y 1955, por alzarse en armas contra el gobierno constitucional de Juan Perón.

–Esa noche tuve una larga conversación radiotelefónica con el general Betti, comandante de la Novena Brigada, y le ordené que se trasladara a Rawson. La orden fue clara: retomar la cárcel con toda la violencia necesaria porque no podía quedar en manos de los subversivos, pero retornar a la cárcel a los fugados que se habían atrincherado en el aeropuerto de Trelew. De inmediato. Yo no quería que fueran llevados a ninguna base militar porque allí los centinelas están armados. Yo había estado cuatro años preso y nunca tuve un carcelero armado, lo que evita la tentación de querer apoderarse del arma para fugar. La orden no secumplió. Argumentaron que la situación en el penal era precaria. La gente quedó en (la base aeronaval Almirante Zar) Trelew. Y lo que pasó le hizo un gran mal al gobierno. Como siempre la parte más difícil de una orden es velar por su cumplimiento.

–Pero la responsabilidad de comando, general, era suya...

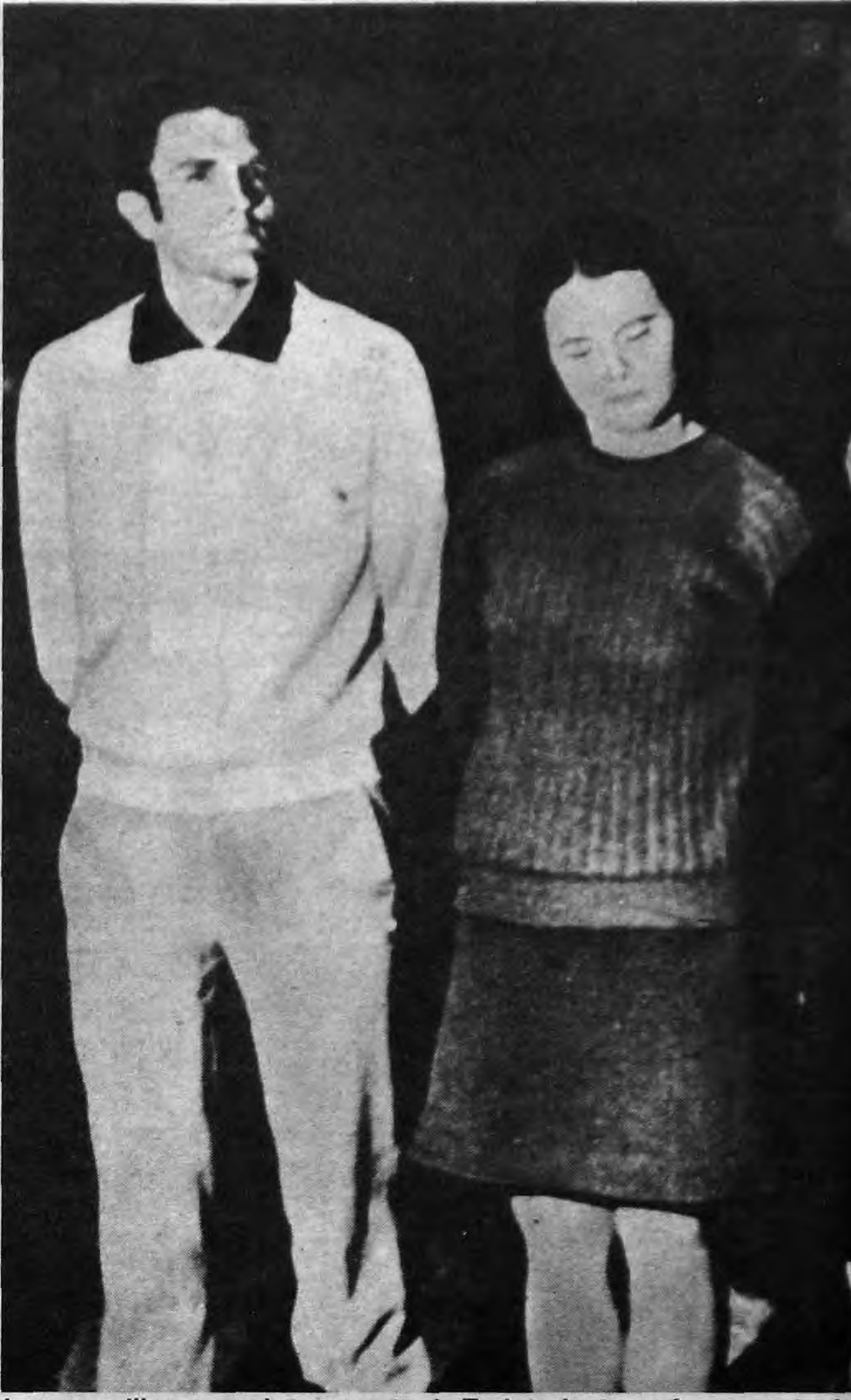
En otros tiempos, el patricio, el jefe de la "trenza de Caballería", el caudillo del Ejército, hubiera reaccionado con gran dureza. En julio de 1993 admitió con gesto amargo: "Sí, para todos el gran responsable es Lanusse".

Responsable: ***En julio de 1993, Alejandro Agustín Lanusse admitió con gesto amargo: "Sí, para todos el gran responsable es Lanusse".***

Las vísperas

En julio de 1972, mientras el general Lanusse, tercer presidente de facto de la penúltima dictadura militar, provocaba a Juan Perón diciendo que "no le daba el cuero" para regresar a la Argentina, varios jefes de la guerrilla guevarista del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y de las organizaciones armadas peronistas FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros ponían a punto los detalles para su primera operación conjunta: la fuga masiva de 110 presos del penal de Rawson. Una operación sin precedentes en la historia de la insurgencia continental. Era, además, la primera vez que "erpios" y "montos" iban a operar juntos. Una vieja aspiración de los primeros, que abogaban por la "unidad de las organizaciones armadas" a pesar de que discrepaban con FAR y Montoneros en su reconocimiento del liderazgo de Perón, a quien los "erpios" consideraban "un bonapartista". Los segundos, por su parte, compartían con el ERP el ideal de una patria socialista, pero querían construirla a partir de "la clase trabajadora real y no la de manual", y esa clase real era mayoritariamente peronista. Las diferencias, sin embargo, se limaron por un dato más organizativo que político: todos los grupos guerrilleros estaban muy mermados por la represión militar y necesitaban "rescatar cuadros que estaban presos". En aquel momento –aclaración indispensable para el lector de los noventa– la violencia insurgente tenía un grado alto si no de apoyo al menos de comprensión por parte de un sector apreciable de la sociedad, que las propias encuestas oficiales calculaban en un 49 por ciento. Esto era así porque la mitad de la población argentina podía votar pero no elegir a su líder proscrito; porque el país venía de un largo proceso de autoritarismo castrense y porque la lógica de la guerra fría, con su secuela represiva de la doctrina de seguridad nacional, había sustituido la noción de adversario por la de enemigo. Había república, pero no democracia.

A partir de un diálogo con el ex dictador Lanusse, hasta ahora inédito, el autor de "El Presidente que no fue" reconstruye los hechos y el clima político que rodeó a la matanza de la base Almirante Zar. Desde la decisión conjunta de fuga, adoptada por las fuerzas guerrilleras, hasta las implicancias de la masacre como antecedente del terrorismo de Estado.



Los guerrilleros en el aeropuerto de Trelew. La toma forma parte del
en perfecto estado de salud.

DESDE LA FUGA DEL PENAL A LOS

Un general y



El capitán Sosa, quien prometió que sería respetada la integridad de los detenidos y luego comandó la masacre.

El día D

El martes 15 de agosto, el montonero Mariano Pujadas se afeitó el bigote y no lo reconocieron ni sus compañeros. Fernando Vaca Narvaja se probó su uniforme de capitán del Ejército y cada uno de los 110 presos que se habían dividido en doce grupos operativos terminó sus tareas logísticas y se puso a esperar la señal de entrar en acción repasando cuidadosamente el papel real, de vida o muerte, que debían jugar en las próximas horas. Los que iban a fugarse o morir estaban escalonados en un riguroso orden de prelación que encabezaba el líder del ERP, Mario Roberto (Robi) Santucho. Una vez fugados, debían marchar veinte kilómetros hasta el aeropuerto de Trelew, donde ocuparían un avión de línea para desviarlo a Chile, donde gobernaba Salvador Allende, que se llevaba bien con Lanusse,

DESDE LA FUGA DEL PENAL A LOS RELATOS DE LOS SOBREVIVIENTES

Un general y 16 fusilados

A partir de un diálogo con el ex dictador Lanusse, hasta ahora inédito, el autor de "El Presidente que no fue" reconstruye los hechos y el clima político que rodeó a la matanza de la base Almirante Zar. Desde la decisión conjunta de fuga, adoptada por las fuerzas guerrilleras, hasta las implicancias de la masacre como antecedente del terrorismo de Estado.

Por Miguel Bonasso

–¿Y qué me dice de la masacre de Trelew, general?

El anciano, pecoso, de ojeras profundas y mirada astuta, que parecía haber perdido la arrogancia de otros tiempos, agobiado por la edad y por las tragedias personales, ensayó una suave defensa:

–No fue una masacre. Hubo un intento de fuga y se reaccionó militarmente...

–Yo conocí a una sobreviviente, María Antonia Berger, que tenía la marca del tiro de gracia que le pegaron en la base Almirante Zar. Le pegaron un tiro en el suelo, general.

El general Alejandro Agustín Lanusse hizo una larga pausa y luego intentó una justificación. Fue en julio de 1993, cuando el autor de esta nota realizaba una serie de entrevistas con miras al libro *El presidente que no fue*. Antes de comenzar la charla, que tuvo lugar en el departamento del antiguo presidente de facto, el cronista le advirtió que había sido jefe de prensa de Héctor Cámpora y había militado en esa JP de los setenta que lo tenía como su principal enemigo. El ex dictador asintió en silencio y aceptó el desafío.

–Prenda el grabador –dijo, con tono cansino.

Luego la charla discurrió, bastante serena, por los vericuetos de aquella coyuntura: aquel Perón proscrito al que Lanusse había provocado para que regresara al país tras diecisiete años de destierro; el temor del general golpista a que otros golpistas (pero de signo nacionalista y no "liberales" como él) que coqueteaban con el líder exiliado pu-

Responsable: ***En julio de 1993, Alejandro Agustín Lanusse admitió con gesto amargo: "Sí, para todos el gran responsable es Lanusse".***

dieran derrocarlo; las idas y vueltas de ciertos políticos y sindicalistas peronistas que presionaban al poder y negociaban con él bajo la mesa; la existencia de una "subversión" que potenciaba las puebladas que sucedieron al Cordobazo jugando a la reacción, también golpista, de los milicos de la línea dura y la designación de Héctor Cámpora como delegado de Perón en el país, que había "malogrado" la "buena relación política" alcanzada con su antecesor Jorge Daniel Paladino. Pero el rostro del anciano se ensombreció cuando el cronista le recordó que el método de desaparición de personas, que se masificó en el Proceso y que incluso se cobró a un amigo suyo (el ex secretario de prensa Edgardo Sajón) y a una sobrina, Elena Holmberg Lanusse, había comenzado en la penúltima dictadura militar, la de la Revolución Argentina, que lo tuvo como tercer presidente de facto. Que hubo tres episodios de secuestro durante su mandato: el de Luis Pujals y los de los matrimonios Verd y Maestre.

"Hubo fallas de conducción mías", admitió. Y luego trató de explicar que el secuestro y la desaparición en San Juan de Marcelo Aburnio Verd y su esposa había sido un desborde "del aparato" desplegado "frente a la subversión". "Mantengo relación con el padre de Verd. Nos escribimos", agregó a modo de excusa, todavía más cansado. Entonces vino la pregunta sobre la masacre, que para el cronista marcó un hito decisivo en la implantación (cuatro años más tarde) del terrorismo de Estado. Lanusse volvió entonces a la noche del 16 de agosto de 1972, cuando 110 reclusos se fugaron del penal de Rawson, esa cárcel de máxima seguridad en la que el propio Lanusse había estado preso entre 1951 y 1955, por alzarse en armas contra el gobierno constitucional de Juan Perón.

–Esa noche tuve una larga conversación radiotelefónica con el general Betti, comandante de la Novena Brigada, y le ordené que se trasladara a Rawson. La orden fue clara: retomar la cárcel con toda la violencia necesaria porque no podía quedar en manos de los subversivos, pero retornar a la cárcel a los fugados que se habían atrincherado en el aeropuerto de Trelew. De inmediato. Yo no quería que fueran llevados a ninguna base militar porque allí los centinelas están armados. Yo había estado cuatro años preso y nunca tuve un carcelero armado, lo que evita la tentación de querer apoderarse del arma para fugar. La orden no secumplió. Argumentaron que la situación en el penal era precaria. La gente quedó en (la base aeronaval Almirante Zar) Trelew. Y lo que pasó le hizo un gran mal al gobierno. Como siempre la parte más difícil de una orden es velar por su cumplimiento.

–Pero la responsabilidad de comando, general, era suya...

En otros tiempos, el patricio, el jefe de la "trenza de Caballería", el caudillo del Ejército, hubiera reaccionado con gran dureza. En julio de 1993 admitió con gesto amargo: "Sí, para todos el gran responsable es Lanusse".

Las vísperas

En julio de 1972, mientras el general Lanusse, tercer presidente de facto de la penúltima dictadura militar, provocaba a Juan Perón diciendo que "no le daba el cuero" para regresar a la Argentina, varios jefes de la guerrilla guevarista del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y de las organizaciones armadas peronistas FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros ponían a punto los detalles para su primera operación conjunta: la fuga masiva de 110 presos del penal de Rawson. Una operación sin precedentes en la historia de la insurgencia continental. Era, además, la primera vez que "erpios" y "montos" iban a operar juntos. Una vieja aspiración de los primeros, que abogaban por la "unidad de las organizaciones armadas" a pesar de que discrepaban con FAR y Montoneros en su reconocimiento del liderazgo de Perón, a quien los "erpios" consideraban "un bonapartista". Los segundos, por su parte, compartían con el ERP el ideal de una patria socialista, pero querían construirla a partir de "la clase trabajadora real y no la de manual", y esa clase real era mayoritariamente peronista. Las diferencias, sin embargo, se limaron por un dato más organizativo que político: todos los grupos guerrilleros estaban muy mermados por la represión militar y necesitaban "rescatar cuadros que estaban presos". En aquel momento –aclaración indispensable para el lector de los noventa– la violencia insurgente tenía un grado alto si no de apoyo al menos de comprensión por parte de un sector apreciable de la sociedad, que las propias encuestas oficiales calculaban en un 49 por ciento. Esto era así porque la mitad de la población argentina podía votar pero no elegir a su líder proscrito; porque el país venía de un largo proceso de autoritarismo castrense y porque la lógica de la guerra fría, con su secuela represiva de la doctrina de seguridad nacional, había sustituido la noción de adversario por la de enemigo. Había república, pero no democracia.


Los guerrilleros en el aeropuerto de Trelew. La toma forma parte del testimonio gráfico realizado por el fotógrafo del diario local "La Jornada" para mostrar que se rendían en perfecto estado de salud.


El capitán Sosa, quien prometió que sería respetada la integridad de los detenidos y luego comandó la masacre.

El día D

El martes 15 de agosto, el montonero Mariano Pujadas se afeitó el bigote y no lo reconocieron ni sus compañeros. Fernando Vaca Narvaja se probó su uniforme de capitán del Ejército y cada uno de los 110 presos que se habían dividido en doce grupos operativos terminó sus tareas logísticas y se puso a esperar la señal de entrar en acción repasando cuidadosamente el papel real, de vida o muerte, que debían jugar en las próximas horas. Los que iban a fugarse o morir estaban escalonados en un riguroso orden de prelación que encabezaba el líder del ERP, Mario Roberto (Robi) Santucho. Una vez fugados, debían marchar veinte kilómetros hasta el aeropuerto de Trelew, donde ocuparían un avión de línea para desviarlo a Chile, donde gobernaba Salvador Allende, que se llevaba bien con Lanusse, pero era "un compañero socialista" y no los iba a devolver a la represión. No había otras opciones: tratar de fugar por tierra, atravesando cientos de kilómetros de estepas heladas, era suicida. Además, en las cercanías había mil infantes de marina, estacionados en la base aeronaval, doscientos gendarmes, setenta soldados y cien policías. El avión comercial sería un Bac One Eleven de Austral que partiría de Comodoro Rivadavia con tres guerrilleros a bordo que entrarían en acción al

Orden: ***Los que iban a fugar o morir estaban escalonados en un riguroso orden que encabezaba el líder del ERP, Mario Roberto Santucho.***

llegar a Trelew. Otros combatientes debían apoyar la fuga desde afuera proveyendo, sobre todo, los vitales camiones para llegar al aeropuerto.

A las 18.25 llegó la señal esperada y el grupo encabezado por el "Turco" Ricardo René Haidar (de Montoneros) comenzó el copamiento por zonas del penal. Rápidamente fue seguido por otros once grupos que no encontraron excesiva resistencia entre los carceleros hasta que llegaron a la conserjería del reclusorio, donde se produjo un tiroteo en el que perdió la vida el guardiacárcel Juan Gregorio Valenzuela. A las siete menos cinco, tras reducir a sesenta "yugas", habían completado la toma del "penal inexpugnable". Pero al llegar a la puerta de salida, los jefes sintieron el corazón en la garganta: en lugar de la flota que esperaban sólo había un vehículo. Con los minutos contados por la inminente llegada del avión, dieron instrucciones de pedir camionetas y "taxi flet" del lugar y salieron hacia el aeropuerto. Iban los prisioneros numerados del uno al seis en el orden de fuga: Santucho, Enrique Haroldo Gorriarán Merlo y Domingo Menna, del ERP; Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, de las FAR, y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Llegaron al aeropuerto cuando el avión procedente de Comodoro, con 96 pasajeros a bordo, ya estaba por iniciar el carreteo de despegue hacia Buenos Aires y lo hicieron detener.

Los tres guerrilleros que venían de Comodoro entraron en acción para reducir a la tripulación. Una vez en la cabina, los seis jefes ordenaron esperar durante largos y vitales minutos, para ver si llegaba el segundo contingente de diecinueve combatientes, entre los que estaban la esposa de Santucho, Ana María Villarreal, y la de Vaca Narvaja, Susana Graciela Lesgart. Pero la demora se hizo excesiva y Santucho tuvo que ordenar la partida rumbo a Puerto Montt, en el Chile de Allende.

Los diecinueve llegaron al aeropuerto en tres taxis y remises de la zona justo cuando el Bac levantaba vuelo, pero no lo hicieron regresar para no arriesgar a los jefes. Ocuparon el aeropuerto en espera de otro avión, que nunca llegó, alertado por los pilotos navales de la base Almirante Zar.

Mientras tanto, efectivos de Infantería de Marina al mando del capitán de corbeta Luis Emilio

Sorpresa: ***Al llegar a la puerta de salida, los jefes sintieron el corazón en la garganta: en lugar de la flota que esperaban sólo había un vehículo.***

Sosa rodeaban la estación aérea y exigían la "rendición incondicional" de los evadidos. A los diecinueve no les quedaba otra alternativa que rendirse, pero exigieron la presencia de la prensa, de un médico que los revisara y de un juez federal de la zona para que los devolvieran al penal sin torturarlos ni asesinarlos. Desde el primer momento anunciaron que no se escudarían con rehenes, y a los civiles que habían quedado atrapados en esa ratonera los concentraron en la confitería mientras llegaba el juez. En esa tensa espera hubo un testigo calificado, el coronel retirado Luis César Perlinger, cuyas declaraciones destacando la humanidad y la capacidad militar de los guerrilleros le valdrían un arresto de sus camaradas de armas. A las 23.15 horas, después de un diálogo con la televisión (que sería censurado), y cuando obtuvieron las garantías

Sobrevivientes: ***Alberto Camps decía con los ojos: "No se preocupen que vamos a contar toda la verdad. Si sobrevivimos, es para contarla".***

reclamadas, los diecinueve depusieron las armas. El fotógrafo Emilce Pereyra, del diario local *La Jornada*, captó la escena que llegaría a circular por el mundo. Era militante y dos años después fue detenido a disposición del Poder Ejecutivo. A esa hora los diecinueve sabían que sus jefes ya estaban a salvo en Chile y se subieron cantando al micro de la Marina de Guerra. El juez federal Alejandro Godoy, que había recibido seguridades por parte del capitán Sosa en el sentido de que los "reos serían devueltos al penal", escoltó con su auto el micro de la Armada. A su lado iba el abogado radical Mario Amaya, al que los militares culparían después de la fuga y asesinarían durante la dictadura de Videla. Pronto advirtieron que el capitán Sosa había faltado a su palabra y que el autobús con los prisioneros enfilaba hacia la base aeronaval que se erguía, cercana, en medio de la tiniebla.

La masacre

Mientras hombres y mujeres eran alojados en los calabozos de la base, sometidos a un régimen diario de terror, matizado por los interrogatorios de los "especialistas" policiales de "Coordinación Federal" y del juez Jorge Quiroga, perteneciente al recién creado fuero antisubversivo, los hechos del exterior iban inclinando hacia abajo el pulgar del poder militar: los "halcones" de las Fuerzas Armadas pedían un "escarmiento ejemplar"; en Chile, un Allende superpresionado por el gobierno argentino resistía los pedidos de extradición y, por si fuera poco, los servicios de Lanusse habían descubierto a conspiradores militares, como el coronel Horacio Ballester, preparándose para entrevistarse con Perón.

El lunes 21 de agosto los mandaron a dormir a las once y media de la noche. Pero el teniente Roberto Bravo y un suboficial llamado Marchán les dieron una orden inusual: salir de sus celdas mirando el piso y pararse en la puerta, formando dos hileras "de uno en fondo". Entonces, sin previo aviso, "el seboso" Marchán comenzó a disparar su ametralladora. Y el aire, como lo contaría un año más tarde la sobreviviente María Antonia Berger, "se llenaría de gritos y balas", las cuales la alcanzarían, provocándole dos heridas superficiales en los brazos y dos más profundas en un glúteo y en el estómago. Un certero instinto la haría arrojarse dentro de su celda, donde escucharía "la respiración cada vez más dificultosa" de María Angélica Sabelli, las voces de Alberto Camps y Mario Delfino gritándole al teniente Bravo que nunca iban a declarar y donde vería llegar a ese oficial de marina que iba, celda por celda, rematando a los heridos. A ese oficial que disparó sobre el cuerpo muerto de María Angélica y luego giró hacia ella, le apuntó a la cara y le destrozó el maxilar derecho con un plomo de 45. Allí aguantaría, consciente, las horas de pesadilla que siguieron a los tiros, escuchando a Bravo, que se asomó varias veces a la puerta, jadeante: "Pero esta hija de puta no se muere, cuánto tarda en desangrarse". Hasta que al amanecer apareció "alguien importante", tal vez un juez, y Bravo le dijo: "¡Se quisieron fugar! ¡Pujadas quiso quitarle la pistola al capitán (Sosa)!". Esta será la historia oficial. La que reciten el almirante Hermes Quijada, el ministro del Interior Arturo Mor Roig y repita Lanusse en aquella entrevista de veinte años después. La que el gobierno militar intentará imponer reformando el artículo 212 del Código Penal y estableciendo una férrea censura de prensa. Aunque, por suerte, no sólo María Antonia se ha salvado. En la enfermería se encontrará con Camps y con Haidar, que también han logrado sobrevivir, inmóviles y malheridos, como muertos entre los muertos. Cuando los marinos se dan cuenta de su "error" ya no tienen espacio para asesinarlos. A la llamada "Revolución Argentina" le ha ocurrido lo mismo que a la "Libertadora" quince años antes, en los basurales de la "Operación Masacre": hay sobrevivientes.

Primero los atienden, de mala gana, en la enfermería de la base, pero pronto se ven obligados a curarlos en el hospital de Puerto Belgrano.

Plomo: ***El oficial disparó sobre el cuerpo muerto de María Angélica y giró hacia ella, le apuntó a la cara y le destrozó el maxilar con un plomo de .45.***

De todos modos, los familiares y los abogados presentaron un hábeas por sus vidas, exigiendo la presencia de la Justicia y de la prensa. La dictadura, que los mantenía incomunicados, sólo permitió que la televisión mostrase imágenes sin sonido. En una de ellas se podía ver a Alberto Camps (FAR) mirando con vivacidad a la cámara. Diciendo con los ojos lo que pensaban los tres: "No se preocupen, que vamos a contar toda la verdad. Si sobrevivimos es para contarla".

La verdad empezó a filtrarse en panfletos y hojas clandestinas, en las entrelíneas de las notas censuradas, en los rebotes del exterior, adonde Rodolfo Walsh y otros militantes marcharon para romper el cerco informativo. Pero había un clima denso de terror que alcanzó sus cotas mayores cuando el comisario Alberto Villar, que luego sería jefe de la Policía Federal y de la Triple A, invadió la sede del Partido Justicialista para llevarse los ataúdes de tres de los dieciséis guerrilleros asesinados en Trelew. El relato de los sobrevivientes recién fluyó en plenitud cuando el poeta y periodista Francisco "Paco" Urondo, que estaba preso en Villa Devoto, con Camps, Berger y Haidar, los sentó en su celda y encendió el grabador. Era la madrugada del 24 al 25 de mayo de 1973 y estaba por asumir el "gobierno popular" de Héctor Cámpora, que se aprestaba a liberarlos.



testimonio gráfico realizado por el fotógrafo del diario local "La Jornada" para mostrar que se rendían

RELATOS DE LOS SOBREVIVIENTES

16 fusilados

pero era "un compañero socialista" y no los iba a devolver a la represión. No había otras opciones: tratar de fugar por tierra, atravesando cientos de kilómetros de estepas heladas, era suicida. Además, en las cercanías había mil infantes de marina, estacionados en la base aeronaval, doscientos gendarmes, setenta soldados y cien policías. El avión comercial sería un Bac One Eleven de Austral que partiría de Comodoro Rivadavia con tres guerrilleros a bordo que entrarían en acción al

Orden: ***Los que iban a fugar o morir estaban escalonados en un riguroso orden que encabezaba el líder del ERP, Mario Roberto Santucho.***

llegar a Trelew. Otros combatientes debían apoyar la fuga desde afuera proveyendo, sobre todo, los vitales camiones para llegar al aeropuerto.

A las 18.25 llegó la señal esperada y el grupo encabezado por el "Turco" Ricardo René Haidar (de Montoneros) comenzó el copamiento por zonas del penal. Rápidamente fue seguido por otros once grupos que no encontraron excesiva resistencia entre los carceleros hasta que llegaron a la conserjería del reclusorio, donde se produjo un tiroteo en el que perdió la vida el guardiacárcel Juan Gregorio Valenzuela. A las siete menos cinco, tras reducir a sesenta "yugas", habían completado la toma del "penal inexpugnable". Pero al llegar a la puerta de salida, los jefes sintieron el corazón en la garganta: en lugar de la flota que esperaban sólo había un vehículo. Con los minutos contados por la inminente llegada del avión, dieron instrucciones de pedir camionetas y "taxi flet" del lugar y salieron hacia el aeropuerto. Iban los prisioneros numerados del uno al seis en el orden de fuga: Santucho, Enrique Haroldo Gorriarán Merlo y Domingo Menna, del ERP; Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, de las FAR, y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Llegaron al aeropuerto cuando el avión procedente de Comodoro, con 96 pasajeros a bordo, ya estaba por iniciar el carreteo de despegue hacia Buenos Aires y lo hicieron detener.

Los tres guerrilleros que venían de Comodoro entraron en acción para reducir a la tripulación. Una vez en la cabina, los seis jefes ordenaron esperar durante largos y vitales minutos, para ver si llegaba el segundo contingente de diecinueve combatientes, entre los que estaban la esposa de Santucho, Ana María Villarreal, y la de Vaca Narvaja, Susana Graciela Lesgart. Pero la demora se hizo excesiva y Santucho tuvo que ordenar la partida rumbo a Puerto Montt, en el Chile de Allende.

Los diecinueve llegaron al aeropuerto en tres taxis y remises de la zona justo cuando el Bac levantaba vuelo, pero no lo hicieron regresar para no arriesgar a los jefes. Ocuparon el aeropuerto en espera de otro avión, que nunca llegó, alertado por los pilotos navales de la base Almirante Zar.

Mientras tanto, efectivos de Infantería de Marina al mando del capitán de corbeta Luis Emilio

Sorpresa: ***Al llegar a la puerta de salida, los jefes sintieron el corazón en la garganta: en lugar de la flota que esperaban sólo había un vehículo.***

Sosa rodeaban la estación aérea y exigían la "rendición incondicional" de los evadidos. A los diecinueve no les quedaba otra alternativa que rendirse, pero exigieron la presencia de la prensa, de un médico que los revisara y de un juez federal de la zona para que los devolvieran al penal sin torturarlos ni asesinarlos. Desde el primer momento anunciaron que no se escudarían con rehenes, y a los civiles que habían quedado atrapados en esa ratonera los concentraron en la confitería mientras llegaba el juez. En esa tensa espera hubo un testigo calificado, el coronel retirado Luis César Perlinger, cuyas declaraciones destacando la humanidad y la capacidad militar de los guerrilleros le valdrían un arresto de sus camaradas de armas. A las 23.15 horas, después de un diálogo con la televisión (que sería censurado), y cuando obtuvieron las garantías

Sobrevivientes: ***Alberto Camps decía con los ojos: "No se preocupen que vamos a contar toda la verdad. Si sobrevivimos, es para contarla".***

reclamadas, los diecinueve depusieron las armas. El fotógrafo Emilce Pereyra, del diario local *La Jornada*, captó la escena que llegaría a circular por el mundo. Era militante y dos años después fue detenido a disposición del Poder Ejecutivo. A esa hora los diecinueve sabían que sus jefes ya estaban a salvo en Chile y se subieron cantando al micro de la Marina de Guerra. El juez federal Alejandro Godoy, que había recibido seguridades por parte del capitán Sosa en el sentido de que los "reos serían devueltos al penal", escoltó con su auto el micro de la Armada. A su lado iba el abogado radical Mario Amaya, al que los militares culparían después de la fuga y asesinarían durante la dictadura de Videla. Pronto advirtieron que el capitán Sosa había faltado a su palabra y que el autobús con los prisioneros enfilaba hacia la base aeronaval que se erguía, cercana, en medio de la tiniebla.

La masacre

Mientras hombres y mujeres eran alojados en los calabozos de la base, sometidos a un régimen diario de terror, matizado por los interrogatorios de los "especialistas" policiales de "Coordinación Federal" y del juez Jorge Quiroga, perteneciente al recién creado fuero antisubversivo, los hechos del exterior iban inclinando hacia abajo el pulgar del poder militar: los "halcones" de las Fuerzas Armadas pedían un "escarmiento ejemplar"; en Chile, un Allende superpresionado por el gobierno argentino resistía los pedidos de extradición y, por si fuera poco, los servicios de Lanusse habían descubierto a conspiradores militares, como el coronel Horacio Ballester, preparándose para entrevistarse con Perón.

El lunes 21 de agosto los mandaron a dormir a las once y media de la noche. Pero el teniente Roberto Bravo y un suboficial llamado Marchán les dieron una orden inusual: salir de sus celdas mirando el piso y pararse en la puerta, formando dos hileras "de uno en fondo". Entonces, sin previo aviso, "el seboso" Marchán comenzó a disparar su ametralladora. Y el aire, como lo contaría un año más tarde la sobreviviente María Antonia Berger, "se llenaría de gritos y balas", las cuales la alcanzarían, provocándole dos heridas superficiales en los brazos y dos más profundas en un glúteo y en el estómago. Un certero instinto la haría arrojarse dentro de su celda, donde escucharía "la respiración cada vez más dificultosa" de María Angélica Sabelli, las voces de Alberto Camps y Mario Delfino gritándole al teniente Bravo que nunca iban a declarar y donde vería llegar a ese oficial de marina que iba, celda por celda, rematando a los heridos. A ese oficial que disparó sobre el cuerpo muerto de María Angélica y luego giró hacia ella, le apuntó a la cara y le destrozó el maxilar derecho con un plomo de 45. Allí aguantaría, consciente, las horas de pesadilla que siguieron a los tiros, escuchando a Bravo, que se asomó varias veces a la puerta, jadeante: "Pero esta hija de puta no se muere, cuánto tarda en desangrarse". Hasta que al amanecer apareció "alguien importante", tal vez un juez, y Bravo le dijo: "¡Se quisieron fugar! ¡Pujadas quiso quitarle la pistola al capitán (Sosa)!". Esta será la historia oficial. La que reciten el almirante Hermes Quijada, el ministro del Interior Arturo Mor Roig y repita Lanusse en aquella entrevista de veinte años después. La que el gobierno militar intentará imponer reformando el artículo 212 del Código Penal y estableciendo una férrea censura de prensa. Aunque, por suerte, no sólo María Antonia se ha salvado. En la enfermería se encontrará con Camps y con Haidar, que también han logrado sobrevivir, inmóviles y malheridos, como muertos entre los muertos. Cuando los marinos se dan cuenta de su "error" ya no tienen espacio para asesinarlos. A la llamada "Revolución Argentina" le ha ocurrido lo mismo que a la "Libertadora" quince años antes, en los basurales de la "Operación Masacre": hay sobrevivientes.

Primero los atienden, de mala gana, en la enfermería de la base, pero pronto se ven obligados a curarlos en el hospital de Puerto Belgrano.

Plomo: ***El oficial disparó sobre el cuerpo muerto de María Angélica y giró hacia ella, le apuntó a la cara y le destrozó el maxilar con un plomo de .45.***

De todos modos, los familiares y los abogados presentaron un hábeas por sus vidas, exigiendo la presencia de la Justicia y de la prensa. La dictadura, que los mantenía incomunicados, sólo permitió que la televisión mostrase imágenes sin sonido. En una de ellas se podía ver a Alberto Camps (FAR) mirando con vivacidad a la cámara. Diciendo con los ojos lo que pensaban los tres: "No se preocupen, que vamos a contar toda la verdad. Si sobrevivimos es para contarla".

La verdad empezó a filtrarse en panfletos y hojas clandestinas, en las entrelíneas de las notas censuradas, en los rebotes del exterior, adonde Rodolfo Walsh y otros militantes marcharon para romper el cerco informativo. Pero había un clima denso de terror que alcanzó sus cotas mayores cuando el comisario Alberto Villar, que luego sería jefe de la Policía Federal y de la Triple A, invadió la sede del Partido Justicialista para llevarse los ataúdes de tres de los dieciséis guerrilleros asesinados en Trelew. El relato de los sobrevivientes recién fluyó en plenitud cuando el poeta y periodista Francisco "Paco" Urondo, que estaba preso en Villa Devoto, con Camps, Berger y Haidar, los sentó en su celda y encendió el grabador. Era la madrugada del 24 al 25 de mayo de 1973 y estaba por asumir el "gobierno popular" de Héctor Cámpora, que se aprestaba a liberarlos.



Hace veinticinco años que Alicia Lelchuck de Bonet exige justicia por el asesinato de su marido y sus quince compañeros. En esta carta abierta reclama a los actuales dirigentes políticos que impidan que se instale la impunidad en la Argentina.

CARTA ABIERTA CONTRA LA IMPUNIDAD

al PRESIDENTE de la NACION, a los SEÑORES MINISTROS, SENADORES, DIPUTADOS, a los DIRIGENTES POLITICOS, SINDICALES y ESTUDIANTILES de la REPUBLICA ARGENTINA

Por Alicia Lelchuck de Bonet

El 22 de agosto de 1997 se cumplen 25 años de los hechos de "Trelew". Me dirijo a ustedes, una vez más, para que sea restituida la verdad histórica, que es la obligación con la sociedad argentina, con las nuevas generaciones; y son ustedes los representantes.

Desde Francia, el país que me dio asilo, exijo que se hagan públicos los nombres de los responsables directos e indirectos de los sucesos de "Trelew" y de esa manera permitir que la justicia sea rendida a los pocos familiares de Trelew que no fueron exterminados.

El 22 de agosto de 1972 es una fecha histórica para el país. En el mismo lugar que las cenizas de la Patagonia trágica dejaron iluminada una última chispa, se inicia la política del terrorismo de Estado que culminará con el golpe de 1976. Allí se decide de acuerdo con criterios nazis la supresión física de los militantes populares, allí se inicia la "solución final" como el método de exterminio por parte de las Fuerzas Armadas Argentinas.

Trelew fue el preludio de una época sangrienta. El general Lanusse, íntimamente vinculado con el nacionalismo de derecha y con grupos fascistas ligados a la burocracia sindical, asume la decisión de ejecutar a los presos políticos de Trelew. Son los mismos grupos que a partir de 1973 forman bajo la dirección de López Rega la famosa Triple A que en dos meses (entre julio y setiembre de 1974) produjeron 220 atentados, 60 asesinatos, 44 heridos y 20 secuestros.

Es así que nuestra historia continúa cuando en 1975 Isabel Perón decreta la intervención del Ejército en la lucha contra la guerrilla; este Ejército preparará, modificará y mejorará los métodos de eliminación física de una generación. Como lo dijo el general Saint-Jean (gobernador de Buenos Aires): "Nosotros vamos a matar a todos los agentes de la subversión, después a los colaboradores, a los simpatizantes, después a los indiferentes y terminaremos con los tímidos". En el golpe de 1976 y sin gran dificultad los veteranos de Tacuara, de la Triple A, los mercenarios de la muerte, se asimilan sin dificultad a las fuerzas represivas de la dictadura militar de Videla.

El 22 de agosto de 1972 fueron asesinados –en la base naval Almirante Zar– 16 presos políticos, quienes habían sido trasladados allí 6 días antes, luego de una acción conjunta (de Montoneros, ERP, FAR) de fuga de la cárcel de Rawson. La acción no pudo realizarse con total éxito y es así como ante un juez, autoridades militares y la prensa, se rinden, el 16 de agosto.

Es el capitán Sosa que da su "palabra de honor" sobre las condiciones de seguridad con que serán tratados los presos, una vez que se rindan y entreguen las armas. ¿Es el mismo capitán Sosa, el teniente de navío Bravo, y el teniente del Real, y el cabo Marandino, junto al capitán Herrera, que los ejecutaron en la noche del 22 de agosto? ¿Las órdenes las recibieron del general Betti, del mayor Laroca y del almirante Gnavi? ¿Del general Lanusse? ¿Qué pasó en la base Almirante Zar?

Oficialmente la opinión pública argentina fue informada de una serie de mentiras contadas por el contraalmirante Hermes Quijada y durante la noche del 22 de agosto el gobierno sanciona la ley 19.797 por la que se establecen penas de prisión para quienes divulguen imágenes de personas ligadas a grupos subversivos, impidiendo toda difusión de la verdad.

El pueblo argentino comprendió que la mentira era tan grande como la sangre derramada.

Desde hace 25 años exijo que se establezca la verdad. La prensa oficial, el gobierno argentino deben publicar de manera solemne los textos íntegros de los tres sobrevivientes de Trelew (Haidar, Berger, Camps, hoy detenidos-desaparecidos).

Exijo que reaparezca el juicio caratulado "Bonet Alicia contra el Estado Nacional (Comando en Jefe de la Armada) s/daños y perjuicios", radicado en el Juzgado de Primera Instancia en lo Federal, Civil y Comercial Nº 6, el 20 de octubre de 1972.

Exijo que se divulguen los resultados de la autopsia realizada por médicos forenses de la Justicia nacional, donde se reconoce que mi esposo, Rubén Pedro Bonet, presenta un tiro de gracia.

La existencia en el país de una instancia constitucional debe permitir esclarecer los crímenes cometidos en la base Almirante Zar. No se puede olvidar que después de Trelew, las Tres A dinamitaron la Asociación Gremial de Abogados, dinamitaron y mataron a la familia de Mariano Pujadas, de Lea Place, de Santucho. Que la mayor parte de hermanos y hermanas de los fusilados en Trelew están hoy desaparecidos: Lesgart, Capello, entre otros.

Más de 50 abogados fueron asesinados entre 1972 y 1975, todos habían defendido a presos políticos. Cientos más formaron parte de los 30.000 desaparecidos.

Hoy no alcanza con rendir homenaje a todos nuestros muertos, hoy tenemos que demostrar que no se puede hacer callar y matar a todo un pueblo. Que debemos asumir y recuperar la memoria.

Si se instala la impunidad en nuestra sociedad, si la Justicia pierde su sentido, si los derechos individuales, humanos, elementales, no son respetados, se impone la ley de la selva; quiere decir que los asesinatos quedan impunes, las víctimas no son reconocidas y el futuro de la sociedad argentina se vislumbra como un gran caos. Son ustedes, los representantes del pueblo, los que pueden impedir que esta masacre quede impune. Ustedes son los responsables del futuro. Y es el pueblo el que debe exigir que la justicia sea llevada a cabo.



Por Elio Brat
Desde Trelew

Esta noche, detrás de los estudiantes del Centro de Humanidades, se encolumnarán los habitantes de Trelew en una Marcha de las Antorchas en recuerdo de los masacrados.

"El pueblo de Luis" (la traducción del galés Trelew) podrá, como quizá nunca hasta ahora, discutir un hecho que lo tuvo como protagonista y no como simple testigo.

No será el primer recuerdo de la masacre. Ya hubo otro, aunque a favor de la matanza de 1972. El último viernes, como todos los años, se homenajeó en la Unidad 6 de Rawson al único guardiacárcel muerto en la fuga del penal, el ayudante de cuarta Juan Gregorio Valenzuela. Esta vez el acto contó con la presencia del subdirector nacional del Servicio Penitenciario Federal, inspector general Alfredo Ayala, quien expresó: "Exactamente hace veinticinco años, como saldo de un ataque milimétricamente planeado por la subversión, dentro y fuera de los muros de esta unidad, fallecía cruentamente Juan Valenzuela". Y agregó: "Además, fueron tomados el aeropuerto de Trelew y un avión de pasajeros, lo que por sí solo evidencia la coordinación logística y determinación de los agresores para acometer la operación en la que sólo gracias a Dios se impidió que, tras un fragoroso intercambio de disparos, el resultado fuera una masacre".

Los organizadores de la llamada "Semana por la Memoria y la Esperanza", los estatales de ATE Chubut, la CTA, el centro de estudiantes de Humanidades de la Universidad Nacional de la Patagonia y la Asociación cultural "El Arbol", programaron un acto además de la Marcha de Antorchas. Para ello han llegado especialmente invitados el periodista de **Página/12** Miguel Bonasso, los escritores Horacio González, León Rozitchner y Vicente Zito Lema y el padre Luis Farinello.

"A Trelew le fue costoso tratar los hechos del 22 de agosto, llámese homenajes o investigación, y ahora a partir de la memoria tenemos un espacio de crecimiento y de esperanza *en un tiempo de crisis*, donde la gente pueda pensar lo que nos pasó", dijo a **Página/12** Juan Arcuri, adjunto de ATE, quien fue responsable del primer homenaje que se hizo aquí por la masacre, cuando era director municipal de Cultura en 1988.

Mañana, los plásticos Adrián Pandolfo y Rodolfo Gutiérrez Garay inaugurarán un mural pintado con la colaboración de estudiantes secundarios. La pared elegida es un muro del comedor universitario local, lugar donde, según los propios pintores, "todos los días, una o dos veces, en forma intimidatoria un patrullero se paraba muy cerca de nosotros, lo cual nos ponía un poco nerviosos".